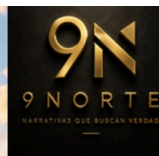


EL TATUAJE QUE NADIE HABÍA VISTO



IVÁN CARBONERO MENDÍA



EL TATUAJE QUE NADIE HABÍA VISTO



IVÁN CARBONERO MENDÍA

EL TATUAJE QUE NADIE HABÍA VISTO

Iván Carbonero Mendía

9NORTE



El tatuaje que nadie había visto

© 2026 Iván Carbonero Mendía

© 2026 de la presente edición: Editorial PS09 S.L. · 9Norte

Primera edición: 2026

ISBN: 9798178621950

Depósito legal: LR 1603-2026

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos, salvo en los casos previstos legalmente.

Esta es una obra de ficción. Los personajes, nombres, empresas, lugares y acontecimientos se utilizan de forma ficticia o son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con personas o hechos reales es mera coincidencia.

Impreso en España · Printed in Spain

A todas las trabajadoras del sector servicios que, sin que nadie se lo pida, hacen mucho más que su trabajo.

A las que cuidan la empresa como si también fuera un poco suya; las que un día son comerciales, otro recursos humanos, otro compañeras, confidentes o solucionadoras de problemas, y al siguiente vuelven a ponerse el uniforme y siguen adelante.

Y a esos clientes pacientes que saben que detrás de cada uniforme hay una persona. A quienes soportan con cariño los días torcidos y, cuando la jornada en su casa ya ha terminado, ofrecen un café no para pedir nada más, sino para escuchar.

Porque hay trabajos que se miden en horas, y vínculos que empiezan justo cuando esas horas terminan

«La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla.»

— Gabriel García Márquez, *Vivir para contarla*

«Somos de la materia de la que están hechos los sueños, y nuestra breve vida se cierra con un sueño.»

— William Shakespeare, *La tempestad*

«Lo intentaste. Fracasaste. Da igual. Inténtalo otra vez. Fracasa otra vez. Fracasa mejor.»

— Samuel Beckett, *Worstward Ho*

PREFACIO

Hay historias que comienzan con una gran pregunta y otras que nacen de algo mucho más pequeño: una puerta que se abre, una conversación escuchada a medias, una fotografía que no encaja, un gesto que llega un segundo demasiado tarde. El tatuaje que nadie había visto pertenece a esa segunda clase.

Quería que el misterio entrara por un lugar cotidiano. No por un despacho policial, un laboratorio o una organización secreta, sino por el trabajo de personas que cruzan cada día el umbral de casas ajenas y conocen, sin pretenderlo, una parte de la vida de los demás que casi nadie ve. Quien limpia una casa aprende pronto que el orden visible y la verdad no siempre son lo mismo.

De ahí surgieron Vera y Nadia: dos mujeres distintas, con experiencias y maneras de defenderse también distintas, obligadas a convivir primero por trabajo y después por algo que ninguna había elegido. A su alrededor aparecieron familias, recuerdos, documentos, silencios y personas convencidas de que proteger a alguien puede justificar decidir por él.

En el fondo, esta novela habla menos de los secretos que de aquello que hacemos cuando dejan de serlo. Habla de la memoria y de su fragilidad; de la identidad y del derecho a elegirla; de la verdad, sin olvidar que conocerla no siempre repara lo que fue roto. Y habla de quienes siguen adelante, a veces con valentía, a veces con humor y, muchas veces, sencillamente porque a la mañana siguiente hay que volver a trabajar.

INTRODUCCIÓN

El mundo de El tatuaje que nadie había visto está construido sobre una contradicción sencilla: las personas necesitan certezas, pero casi todo aquello con lo que construyen su identidad —los recuerdos, los relatos familiares, las fotografías, los nombres— puede ser incompleto, interpretado o incluso manipulado.

La novela avanza desde un territorio reconocible: una empresa de servicios, horarios, uniformes, viviendas, clientes y compañeras de trabajo. Ese espacio cotidiano funciona como contrapunto a una investigación que se vuelve cada vez más incómoda. Cuanto más extraordinario parece lo descubierto, mayor importancia adquieren las cosas comprobables: una fecha, un documento, una prueba, una cicatriz, una persona que decide hablar o callar.

Por eso el humor convive aquí con el miedo y la conversación doméstica con el suspense. La vida rara vez concede a nadie el lujo de sufrir una tragedia sin que, al mismo tiempo, haya que hacer la compra, responder una llamada, terminar una jornada o discutir por una tontería. Vera, Nadia y quienes las rodean pertenecen a ese mundo donde lo excepcional sucede sin que lo ordinario se detenga.

El lector encontrará una historia de investigación, pero también una pregunta que permanece por debajo de cada revelación: si descubriéramos que una parte esencial de nuestra vida no ocurrió exactamente como la recordamos, ¿seguiríamos siendo la misma persona?

PRÓLOGO

Las casas guardan una memoria que no se parece a la nuestra.

No necesitan recordar. Les basta con conservar.

Una marca en una pared donde antes hubo un cuadro. El círculo más claro que deja un vaso sobre una mesa. La llave que nadie utiliza y que, sin embargo, continúa en el cajón. Una fotografía vuelta del revés. Una caja que lleva años cerrada porque todos han decidido olvidar lo que contiene.

Quien entra en una casa ajena para trabajar aprende a no preguntar. Aprende también a mirar sin mirar, a distinguir el desorden de la prisa, la suciedad del abandono y el silencio de aquello que simplemente no quiere ser contado.

Pero hay días en que una casa cuenta demasiado.

Entonces ya no importa quién encontró primero la fotografía, quién reconoció un nombre o quién hizo la pregunta equivocada. A partir de ese instante, el secreto deja de pertenecer a quien lo escondió.

Y empieza a pertenecer a quien tiene que decidir qué hacer con él.

NOTA DEL AUTOR

Aunque esta es una obra de ficción, su punto de partida humano procede de una realidad que merece ser mirada con más atención: la de quienes trabajan cada día en el sector servicios y entran en espacios que para los demás son privados, familiares e incluso íntimos.

Siempre me ha interesado esa frontera. Una trabajadora puede llegar a un domicilio para cumplir una tarea concreta y terminar conociendo horarios, preocupaciones, alegrías, ausencias y rutinas. Y ocurre también al contrario: hay clientes que dejan de ver únicamente un uniforme y empiezan a reconocer a la persona que lo lleva.

De esa convivencia nace parte del tono de la novela: el trabajo, pero también los cafés, las bromas, los días malos, las confidencias imprevistas y esa implicación que no figura en ningún contrato. La dedicatoria está dirigida precisamente a quienes hacen más de lo que se les exige y a quienes saben agradecerlo con algo tan sencillo como escuchar.

Los personajes, organizaciones y acontecimientos de la trama son ficticios. Lo que no es ficticia es la pregunta que los acompaña: cuánto de nosotros depende de lo que recordamos, cuánto de lo que otros nos han contado y cuánto de lo que, llegado el momento, decidimos ser. Si al cerrar el libro el lector mira de otra manera una cicatriz, una llave o una fotografía antigua, la novela habrá hecho su trabajo.

Hay verdades que liberan.

Otras llegan demasiado tarde.

Y algunas obligan a elegir entre la persona que fuimos, la que recordamos haber sido y la que todavía podemos decidir ser.

Esta historia empieza antes de que sus protagonistas lo sepan.

Como casi todas las historias importantes.

ÍNDICE

01 · MARTES, OCHO Y CUARTO	31
02 · LA CHICA DE LOS TATUAJES	39
03 · LAS CASAS SIEMPRE CUENTAN LA VERDAD	49
04 · LA CENA DE VILLA CONEJOS DEL MONTE BAJO	59
05 · GAMUSINOS	65
06 · LA OUIJA DE LOS POBRES	73
07 · LAS DOCE Y CUARENTA Y SIETE	81
08 · LA NUEVA Y EL PRIMER AVISO	91
09 · BRUNO SABÍA DEMASIADO	99
10 · LA MARCA	107
11 · LAS ONCE DE LA NOCHE	115
12 · EL PRIMER MUERTO	123
13 · LA CASA DE ELISA	135
14 · A LAS NUEVE	143
15 · VERÓNICA	151
16 · EL ARMARIO DE CARMEN	159
17 · ÁLEX	167
18 · LA NIÑA QUE NO ERA VALERIA	175
19 · POR FIN	183
20 · LOLA Y LA LLAVE	191
21 · DEBAJO DE VILLA CONEJOS	203
22 · CLARA LUJÁN	213
23 · L-317	221
24 · BRUNO SALCEDO	227
25 · DANIEL	233
26 · B-06	241

27 · L-05	249
28 · 317-A	255
29 · MATEO	261
30 · SAN JERÓNIMO	269
31 · LA QUE DIJO QUE NO	275
32 · ELENA	281
33 · CADENA DE CUSTODIA	287
34 · LUCÍA	291
35 · LOS RESULTADOS	297
36 · PADRE	303
37 · JULIA	307
38 · ARCHIVO MAESTRO	313
39 · CIERRE REAL	319
40 · LA CAJA	323
41 · SAN JERÓNIMO II	329
42 · NO QUEMARLO TODO	335
43 · SALCEDO	341
44 · JULIA VUELVE	345
45 · PADRE L-04	349
46 · EL CLIENTE DE LOS CRISTALES	355
47 · LOS CUARENTA Y TRES	361
48 · NADIA, ELENA Y BRUNO	367
49 · SAMUEL RIVAS	371
50 · EL ÚLTIMO LEÓN	377
51 · BEATRIZ Y CARMEN	383
52 · DESMONTAR	389
53 · EL JUICIO	395
54 · LO QUE QUEDA	401
55 · UN AÑO DESPUÉS	407
56 · VERA	413
57 · HORIZONTE	419
58 · TRES Y DOS	425

59 · PERDÓNAME	431
60 · LA VIDA QUE ELIGEN	437
61 · LA CUARTA LÍNEA	443
62 · CARMEN MOVIÓ LA PRIMERA FICHA	447
63 · RECUERDOS PERFECTOS	453
64 · LA LLAVE ANTES DE NADIA	459
65 · CERRAR SIN OLVIDAR	463
66 · LO QUE NO INVESTIGARON	467
67 · LA DESPEDIDA	473
68 · UNA VIDA SIN ARCHIVOS	479
69 · LA CICATRIZ	483
70 · LA ÚLTIMA COMIDA	487
71 · LA INVITACIÓN	491
72 · OCHO Y CUARTO	497
CLAVES DE LECTURA	501
EPÍLOGO	503
POSFACIO	507
AGRADECIMIENTOS	509
SOBRE EL AUTOR	511
LIBROS DE ESTE AUTOR	513

MARTES, OCHO Y CUARTO

Y aquello empezó un martes a las ocho y cuarto de la mañana, entre una fregona industrial, dos cubos azules y una máquina aspiradora cuyo ruido hacía imposible mantener una conversación normal.

Vera llevaba doce minutos en Brillarte Servicios y ya había llegado a dos conclusiones: el café de la máquina era un delito y el uniforme había sido diseñado por alguien que odiaba las caderas.

Había entrado en el vestuario con unos vaqueros azul oscuro, una camiseta blanca de algodón, una cazadora corta color arena y unas zapatillas negras. Era marzo y todavía hacía ese frío indeciso de primera hora que obligaba a salir de casa con chaqueta y a arrepentirse de ella antes de mediodía. Se había recogido el cabello castaño oscuro en una coleta alta mientras buscaba su taquilla, y después había descubierto el polo gris grafito de Brillarte doblado sobre el banco, junto al pantalón técnico negro y los zapatos antideslizantes.

A sus treinta y un años, Vera tenía un cuerpo que ocupaba espacio sin pedir permiso. Era alta, de hombros anchos y piernas fuertes, con una cintura marcada que el pantalón de trabajo parecía empeñado en negar. Tenía los ojos castaños, grandes cuando algo la sorprendía y estrechos cuando desconfiaba, y una boca que tendía a curvarse antes de que saliera el comentario que probablemente debería haberse guardado.

Estaba luchando con el cierre del pantalón cuando se abrió la puerta.

—Si sigues tirando así, lo vas a romper antes de empezar —dijo una voz de mujer.

Vera levantó la cabeza.

La primera impresión fue que aquella mujer era alta. La segunda, que sabía perfectamente que lo era.

Nadia tendría unos treinta y nueve años. Llevaba unos pantalones negros ajustados, jersey fino color vino, botines de piel y una cazadora negra que dejó sobre el respaldo de un banco. Tenía el cabello muy oscuro, abundante, recogido de cualquier manera con una pinza mientras se quitaba los pendientes. Incluso sin maquillaje llamativo tenía una presencia difícil de ignorar: facciones expresivas, boca amplia, cuerpo exuberante y una seguridad física que Vera envidió antes de reconocer que la estaba mirando.

Luego vio los tatuajes.

Primero las manos. Después los antebrazos. Trazos negros que subían por la piel y desaparecían bajo las mangas. Una línea pequeña asomaba en el cuello. Y detrás de la oreja izquierda, cuando Nadia se recogió mejor el cabello, había una diminuta llave.

—¿Es mi primera evaluación? —preguntó Nadia sin mirarla. Vera apartó los ojos.

—¿Perdón?

—Llevas unos quince segundos examinándome en el espejo.

—Estaba buscando mi taquilla.

—Claro. La tienes justo detrás de mi oreja.

Vera soltó una risa.

—Vale. Me has pillado.

Nadia se quitó el jersey y se puso el polo de Brillarte. Debajo llevaba una camiseta negra de tirantes que dejaba ver parte de un dibujo mucho mayor ascendiendo por la espalda.

Vera intentó no mirar.

Lo hizo fatal.

—¿Cuántos tienes? —preguntó.

—¿Tatuajes?

—No. Brazos.

Nadia se echó a reír.

—Depende del día. Tatuajes, bastantes.

—¿Y sabes cuántos?

—Sí.

—¿Tu marido también?

Nadia se volvió lentamente.

—¿Cómo sabes que estoy casada?

Vera señaló la alianza.

—No soy tan observadora como para encontrar taquillas, pero a veces acierto.

—Bruno sabe que tengo muchos. No estoy segura de que los haya contado.

—Yo los contaría.

—Eso me preocupa un poco, teniendo en cuenta que acabamos de conocernos.

Vera sonrió mientras terminaba de ponerse el uniforme.

—Soy curiosa.

—Eso ya lo veo.

El polo de Brillarte le quedaba algo más ceñido de lo que le habría gustado. Nadia la observó un segundo y señaló el bajo.

—Te han dado una talla pequeña.

—Gracias. Pensaba que el problema era mi cuerpo.

—El problema es que administración pide las tallas como si fueran números de lotería.

—Entonces este uniforme me odia.

—No te odia. Solo te juzga.

Salieron riéndose.

Aquella mañana trabajaron juntas en una vivienda de tres dormitorios. Nadia empezó por los baños y dejó a Vera el polvo y las superficies para comprobar cómo se desenvolvía. Vera descubrió pronto que limpiar profesionalmente se parecía poco a limpiar su propia casa. Había un orden para todo. De arriba abajo. De dentro hacia fuera. Productos distintos. Bayetas por colores. Tiempo calculado.

Nadia no daba órdenes como quien da órdenes. Explicaba mientras hacía.

—No pulverices directamente sobre la madera. Primero en la bayeta. Si dejas producto aquí, el cliente no ve limpieza; ve una mancha nueva.

—Apuntado.

—Los mandos, interruptores y tiradores se hacen siempre. Son lo que más se toca y lo que más se olvida.

—Eso también.

—Y si mueves algo, vuelve exactamente a su sitio.

Vera colocó una figura decorativa dos centímetros más a la derecha.

Nadia la devolvió.

—Exactamente.

—Tienes un problema.

—Tengo clientes.

A media mañana, el ruido de la aspiradora hizo imposible hablar. Nadia estaba al otro lado del salón. Le dijo algo.

Vera apagó la máquina.

—¿Qué?

—Que te estás dejando el rodapié detrás del sofá.

—Pensaba que me estabas invitando a comer.

—También puedes soñarlo.

—Es pronto, pero agradezco la posibilidad.

Nadia la miró un segundo más de lo necesario.

Luego volvió al baño.

Fue la primera vez que Vera notó aquella sensación absurda.

No era solo que Nadia le pareciera guapa. Las mujeres guapas habían existido siempre y Vera nunca había tenido ningún problema con ello. Aquello era diferente. Era la manera en que esperaba que volviera a entrar en una habitación. La atención involuntaria a su voz. El impulso de buscar la llave detrás de su oreja cada vez que se recogía el pelo.

Durante los cinco días siguientes trabajaron juntas en varios servicios. Vera aprendió rápido y preguntó demasiado.

El miércoles, mientras doblaban toallas en un apartamento turístico, señaló el brazo de Nadia.

—Ese parece nuevo.

—Tiene ocho años.

—Pues está bien conservado.

—Gracias, dermatóloga.

El jueves volvió a preguntar por el árbol que había visto asomar bajo la camiseta.

—¿Hasta dónde llega?

Nadia dejó de hacer la cama.

—Hasta donde tiene que llegar.

—Eso no responde nada.

—Exactamente.

El viernes, en el vestuario, Vera insistió.

—Tiene que haber alguno que nadie haya visto.

—¿Por qué tiene que haberlo?

—Porque la gente que tiene muchos tatuajes siempre guarda uno especial.

—Has visto demasiadas películas.

—¿Lo hay?

Nadia se quedó pensando mientras se abrochaba el pantalón civil con el que había llegado aquella mañana: negro, de tiro alto, combinado con una camiseta gris y una cazadora de cuero.

—Hay uno que no encuentra nadie.

A Vera se le borró la sonrisa.

—¿Dónde?

—No pienso decírtelo.

—Eso es jugar sucio.

—No. Jugar sucio sería darte pistas.

Vera volvió a ponerse sus vaqueros, la misma camiseta blanca y la cazadora color arena de la mañana. Aquella semana había empezado a comprender una pequeña disciplina que luego sería importante: la ropa con la que se llegaba quedaba en la taquilla y era la misma con la que se salía. El uniforme pertenecía a las horas de trabajo. Fuera, cada una volvía a ser ella.

—Algún día lo encontraré —dijo Vera.

Nadia cerró su taquilla.

—No.

—Dejaré de buscar.

Nadia levantó una ceja.

—Eso tampoco te lo crees tú.

—No —admitió Vera—. Pero ha sonado bien.

Tres días después de conocerla —antes de aquella conversación del viernes y mucho antes de comprender la importancia que acabaría teniendo un tatuaje—, Vera recibió su primer servicio sola.

Nadia la acompañó hasta la salida y repasó las instrucciones.

—Apartamento turístico. Fotos al llegar y al terminar. Revisa debajo de camas y sofá, comprueba que no haya objetos olvidados y deja la cocina seca. Si tienes cualquier duda me llamas.

—Puedo limpiar una casa.

—No he dicho que no puedas.

—Lo estabas pensando.

—Estaba pensando otra cosa.

—¿Qué?

Nadia abrió la puerta.

—Que no metas el colchón dentro de la funda nórdica.

Vera se volvió despacio.

—¿Quién coño metería un colchón dentro de una funda nórdica?

Nadia se encogió de hombros.

—Hay gente para todo.

El apartamento ocupaba la tercera planta de un edificio antiguo rehabilitado. Vera llegó con el uniforme completo de Brillarte, el cabello recogido y una carpeta con las instrucciones del servicio.

Una vecina de unos setenta años coincidió con ella en el rellano.

—Los de anoche llegaron a las tres de la mañana.

—Buenos días para usted también.

—Mira debajo del sofá.

Vera apoyó los cubos.

—¿Hay alguna razón para que deba preocuparme?

—Tú mira.

Debajo del sofá encontró un sujetador rojo, una moneda de dos euros y una ficha de casino.

Guardó el sujetador en la bolsa de objetos olvidados y la moneda en un pequeño sobre.

—Empiezo fuerte —murmuró.

Ventiló. Retiró basura. Separó ropa de cama. Limpió mandos, interruptores, mesas y cristales. La cocina tenía grasa seca en la placa, vasos con marcas y media cebolla abandonada en el frigorífico como si alguien hubiera planeado regresar a por ella.

El baño fue mejor.

Hasta que llegó al dormitorio.

El colchón medía ciento ochenta por doscientos y tenía el grosor de un pequeño muro.

Vera encontró una enorme pieza de tela blanca.

La extendió.

Miró el colchón.

Miró la tela.

Recordó vagamente la advertencia de Nadia.

—No puede ser tan difícil.

Lo fue.

Introdujo una esquina.

Después otra.

La primera salió.

Volvió a colocarla.

La segunda se escapó.

—No me jodas.

Quince minutos después estaba de rodillas encima de la cama, sudando y tratando de levantar el colchón con una mano mientras tiraba de la tela con la otra.

—Tú y yo vamos a llegar a un acuerdo.

El colchón cayó de lado.

Vera dio un salto.

—¡Hostia!

Media hora más tarde había logrado introducir casi todo el colchón dentro de la funda nórdica.

El resultado parecía un bocadillo blanco de tamaño industrial.

Vera se quedó contemplándolo.

Sacó el teléfono.

Hizo una foto.

Se la envió a Nadia.

«¿Esto queda así?»

La respuesta llegó tan deprisa que Vera sospechó que Nadia tenía el teléfono en la mano.

«¿QUÉ HAS HECHO?»

Un segundo mensaje.

«VERA. ESO ES LA FUNDA DEL EDREDÓN.»

Vera escribió:

«Pues el edredón ahora es viscoelástico.»

El teléfono sonó.

Nadia estaba riéndose antes de que Vera contestara.

—Dime que no has metido un colchón de ciento ochenta dentro de una funda nórdica.

—No entero.

—¿Cómo coño lo has conseguido?

—¡Esa es tu preocupación! Llevo cuarenta minutos luchando con esto.

—Es que necesito entender el proceso mental.

—Había una cama, un colchón y una funda grande. He relacionado conceptos.

Nadia seguía riendo.

—Hazte una foto al lado.

—Vete a la mierda.

—Por favor.

—No.

—Vera, necesito documentación gráfica.

—Te voy a bloquear.

—No puedes. Soy tu apoyo de servicio.

—Eres una mala persona.

—Y tú acabas de vestir un colchón.

Sacar el colchón resultó bastante peor que meterlo.

Cuando terminó, Vera se quedó sentada en el suelo, despeinada y con la funda nórdica sobre las piernas.

El teléfono volvió a vibrar.

Nadia:

«¿SIGUES VIVA?»

Vera respondió:

«PERFECTAMENTE.»

Todavía no sabía que aquella palabra acabaría convirtiéndose en una especie de maldición privada entre las dos.

LA CHICA DE LOS TATUAJES

La misma mañana en que Vera negociaba con un colchón, Nadia estaba en casa de Ramiro Valcárcel.

Había llegado a las diez con el uniforme de Brillarte, después de dejar en la taquilla el pantalón negro de tiro alto, el jersey burdeos y los botines con los que había salido de casa. En el trabajo llevaba el cabello sujeto en una coleta baja. Eso dejaba visible la pequeña llave tatuada detrás de la oreja.

Ramiro tenía setenta y dos años, llevaba ocho meses viudo y algunos días afrontaba el duelo como si la forma más eficaz de combatir la muerte fuera comportarse como un hombre veinte años más joven.

Abrió con pantalón de pinzas, camisa azul clara y zapatillas.

—¡La alegría de la mañana! Pasa, Nadia. He hecho café.

—Buenos días, Ramiro. Hoy no me sobornas.

—No es soborno si no te pido nada a cambio.

—Siempre me pides que tome café.

—Porque me preocupa tu hidratación.

Nadia entró.

El piso era grande, impecable en lo estructural y triste en todo lo demás. En el recibidor había una fotografía de Ramiro con Carmen, su mujer. Él sonreía a cámara. Carmen lo miraba a él.

Desde que había muerto, Nadia había visto a Ramiro pasar por distintas fases: silencio, rabia, conversaciones interminables, chistes fuera de lugar y una costumbre reciente de arreglarse demasiado cuando ella iba a limpiar.

—Hoy tengo plancha, baño, polvo y suelo —recordó Nadia.

—Primero un café.

—Primero trabajo.

—Eres incorruptible.

—Carísima, pero incorruptible.

Ramiro se llevó una mano al pecho.

—No sé cómo Bruno soporta tanta crueldad.

—Con paciencia y un seguro de vida.

Nadia empezó por el baño. Después hizo dormitorios, polvo y suelos. A media mañana instaló la tabla de planchar en una habitación pequeña que daba al patio.

Ramiro apareció en la puerta.

—Voy a hacer un recado.

—Muy bien.

No hizo ningún recado.

Nadia lo oyó entrar en el baño.

Ducha.

Secador.

Armario.

Cajones.

Cinco minutos después reconoció el olor de una colonia clásica, generosamente administrada.

Ramiro apareció en chanclas y con una toalla alrededor de la cintura que no cumplía con los mínimos exigibles para una prenda pública.

Nadia dejó la plancha de pie.

—¿No ibas a salir?

—Ahora voy.

—Ramiro.

—¿Qué?

—Vístete.

—Acabo de ducharme.

—Eso explica el agua, no la toalla.

—Hace calor.

Nadia miró hacia la ventana.

—Estamos en marzo.

—Calor interior.

—No quiero conocer tu clima interior.

Ramiro sonrió y se acercó a la tabla. Su mirada fue al brazo de Nadia.

—Nunca me dejas verlos bien.

—Porque cuando trabajas con una persona normal, esa persona no necesita inspeccionarte el cuerpo.

—Yo miro arte.

—El arte se mira con los ojos.